

que para poder salir de la pobreza
debe el individuo trabajar y
aprovecharse de sus propias fuerzas
y de las que le ofrece el mundo
para salir de la pobreza.

Madrid, 28 de Mayo

LA CARTA DEL POBRE

La Carta del Pobre.

La Carta del Pobre



LA CARTA DEL POBRE (*)

I
En la casita más miserable de uno de los pueblos inmediatos á París, vivían una madre y su hija. No obstante lo humilde y andrajoso de sus vestidos, se echaba de ver que pertenecían á la clase decente, así por la finura de su cutis y de sus facciones, como por su modo de expresarse. Efectivamente, la madre, viuda de un militar del imperio, descendía de una familia noble, y mediante una larga serie de ca-

* En lo esencial es cierta la anécdota que vamos á referir. El hecho á que aludimos, dió asunto para la composición de "La lettre au bon Dieu;" pieza musical que ha tenido mucha boga en Francia.

lamidades, se vió reducida á la situación que guardaba en la época á que nos referimos al comenzar esta anécdota. Olvidábamos decir que Francisca era el nombre de la madre y Margarita el de la hija.

Tendría ésta unos diez años y era, aunque no muy bonita, de excelente indole. Había aprendido á leer y escribir y tenía una afición decidida á la música. Cuando pasaba por el pueblo alguna tropa, Margarita no dejaba escapar una sola nota de la banda militar, y al momento cantaba de memoria cuanto había oído. Margarita era el canario de su casa á la vez que el embeleso de la madre. El canto de los niños es una de las pocas cosas que alegran la casa del pobre.

Pero el pobre tiene con alguna frecuencia momentos angustiosos, durante los cuales no puede oír cantar á sus hijos sin que se le llenen los ojos de lágrimas. A causa de la escasez de sus recursos, Francisca había tenido que dejar á medias la educación de su hija; pero tras la escasez vino la miseria, y ya Francisca no sentía el no poder educar á Margarita, sino el no poder alimentarla.

Era una mañana de Noviembre; no había rayo de sol, no había flores, ni

Margarita cantaba; caía una lluvia muy menuda y el viento azotaba de vez en cuando las puertas de la desmantelada habitación de la viuda. Ella y su hija sentáronse silenciosamente á comer unos mendrugos de pan debidos á la caridad de los vecinos. Cuando acabaron de comer, Francisca abrazó á su hija llorando.

—¡Quién me dijera, cuando tu padre te besaba en mis brazos, que te había de ver hambrienta y casi desnuda!

La niña se conmovió al oír estas palabras y exclamó con la sencillez de la inocencia:

—No se apure usted, mamá mía; Dios es muy bueno y yo le escribiré para que nos socorra.

La madre no pudo menos de sonreírse en medio de sus lágrimas; volvió á abrazar á Margarita, que tan piadosos sentimientos abrigaba, y en seguida salió á la calle á procurar la venta de sus últimas piezas de ropa.

Luego que se vió sola Margarita, sacó del centro de un devocionario muy viejo una hoja pequeña de papel, y con la única pluma de la casa escribió:

“Dios mío, que estás en los cielos: mi mamá se aflige todos los días y yo

también, porque carecemos de lo más necesario; no hay lumbre en la casa, ni ropa que vestir, ni pan que comer. Socórrenos, Dios mío, y á toda prisa, porque es muy grande nuestra necesidad y tú eres muy bueno. Envíanos una poca de lumbre, algo de ropa y pan en abundancia. Si no temiera importunarte demasiado, te pediría también un maestro de música, porque ya tú sabes cuánto me gusta la música; pero esto será asunto de otra carta. Mi mamá te saluda y yo me despido, llamándome con mucho gusto tu hija.—Margarita.”

La niña cerró la carta y se la guardó en el seno, después de haber escrito en el sobre: “Al Señor Dios, en el cielo.—París.”

Al otro día unas conocidas de Francisca fueron á la capital á comprar varias cosas, y margarita las acompañó, previo el permiso de la madre.

Luego que se sola Margarita, hacia del centro de un devocionario.

Cuando las mujeres del pueblo pasaron frente á la primera iglesia de París, Margarita se separó de ellas, ofreciendo alcanzarlas dentro de un momento, y se internó bajo las som-

brías bóvedas del templo parroquial, enteramente desierto á la sazón.

Creyó la niña que depositando su carta en la caja que está puesta en las iglesias para recibir las limosnas destinadas á los pobres, llegaría á manos de Dios. Hecho tres dobleces el papel, trataba de introducirlo por la hendedura de la caja. El cura, que rezaba en el presbiterio, oyó ruido, bajó y al dar vuelta á la columna que ocultaba á Margarita, vió á la niña inclinada sobre la caja, y creyó que hacia esfuerzos para abrirla. Se dirigió hacia ella y puso una mano ruda en su cuello diciéndola:

—¿Tan niña y queriendo ya robarse las limosnas de los pobres?

Y en el semblante del párroco se veía pintado el disgusto que sentimos al sorprender una mala acción.

—Señor, exclamó la niña, no soy ladrona! Mi mamá está muy pobre; he escrito una carta á Dios, pidiéndole que nos socorra, y he venido á ponerla en la caja.

El semblante del eclesiástico recobró la expresión de su benevolencia habitual; tomó la carta y la leyó.

Desde luego se arrepintió de su mal juicio, bastante fundado, sin embargo, en las apariencias. En seguida alabó á

Dios, porque en vez de los gérmenes del vicio y del crimen, hallaba en aquella niña una piedad mayor todavía que su inocencia. Por último, dirigió á Margarita palabras cariñosas informándose de su suerte.

En esto las mujeres del pueblo, que profesaban un afecto sincero á la viuda y á su hija, cuidadosas á causa de que Margarita no iba á alcanzarlas, temieron que algo le hubiese acaecido en la iglesia y se volvieron á buscarla. El cura las pidió nuevos informes acerca de la niña.

—Es un ángel, contestaron á una voz, y la madre es una santa; pero están muy pobres y días hay en que no tienen que comer. A pesar de eso, la niña canta como un pájaro y tiene muy buena disposición para la música.

El cura preguntó el nombre de la viuda, y supo que Margarita era hija de un antiguo condiscípulo suyo, militar de mucho mérito, muerto en el campo de batalla.

—Has hecho muy bien, niña, en ocurrir á Dios para que remedie tus necesidades. ¡Nunca deja sin respuesta las cartas de los pobres!

III

Aquella misma noche hubo en el hogar de la viuda lumbre para calentarse, algo de ropa que vestir y pan en abundancia que comer. Además, el párroco escribía á un amigo suyo remitiéndole la carta de la niña y recomendándosela. El amigo del cura llevaba muy buenas relaciones con el director del Conservatorio de música en París; recomendóle á su vez á la niña, y M. Auber, este era el nombre del director, después de haber examinado inteligentemente sus disposiciones para el arte, la hizo entrar de discípula en el Conservatorio.

Ni ella ni la madre volvieron á sentir los horrores de la miseria, porque el cura se encargó de proveer á sus necesidades.

Algunos años después, Margarita era una cantatriz eminente. Supo conservar su virtud en el teatro; los aplausos y las coronas no la ofuscaron como á tantas otras artistas. Siguió viviendo al lado de Francisca y la asistió en sus últimos días con la solicitud de una excelente hija. Pocos meses después, un joven rico y honrado la tomó por esposa y Margarita gozó

de mucha estimación en el seno de una sociedad escogida.

No obstante que seguía siendo piadosa, se engolfaba á veces demasiado en los placeres y fiestas del mundo. Durante la primavera y el verano asistía á los paseos y á los bailes, y su voz, verdaderamente argentina, resonaba en los conciertos de las gentes dichosas. Pero cuando llegaba el mes de Noviembre con sus nieblas y su lluvia menuda y sus vientos que braman en el exterior de la casa, se acordaba de cuando fué niña y pobre, y en la carta que escribió á Dios pidiéndole el remedio de su miseria. Entonces salía á pie por las calles de París cubiertas de nieve, y socorría á los ancianos y á los niños indigentes, convencida de que los bienes de fortuna que la Providencia pone en manos de los ricos, son otros tantos depósitos destinados á remediar las necesidades de los menesterosos. Siempre que Margarita daba limosna, repetía en su interior las sublimes palabras del párroco:

“¡Dios nunca deja sin respuesta la carta del pobre.”

México, Noviembre 8 de 1857.

ESTRELLA